

LUIS RUBIO MORÁN

**NUEVAS VOCACIONES
PARA UN MUNDO NUEVO**

Laicos, religiosos y presbíteros para
una nueva evangelización

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2002

A los miembros de los equipos del Instituto Vocacional Maestro Ávila de Salamanca y a los de los Institutos de Pastoral Vocacional de América, que animaron y colaboraron en esta empresa.

A los alumnos de los Cursos de pastoral vocacional de dichos Institutos, cuya vivencia y entusiasmo iluminaron los mejores aspectos de estas reflexiones.

A la Hermandad de sacerdotes operarios diocesanos, preocupada y ocupada en la promoción y formación de las vocaciones eclesiales, que me encomendó este trabajo, y lo estimuló y alentó en sus diversas etapas.

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín
sobre fragmento de *Composition with colors* (2002)

© Ediciones Sígueme S.A., 2002
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1456-4

Depósito legal:

Fotocomposición: Rico Adrados S.L., Burgos

Impreso en España/UE

Imprime: Gráficas Varona

Polígono El Montalvo, Salamanca 2002

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
<i>Siglas</i>	21
1. La novedad de la evangelización en el contexto socio-cultural actual	23
1. Un proyecto en marcha entre ambigüedades y resistencias ..	23
2. En busca de la «novedad» de la evangelización	26
3. La novedad de los contenidos: los nuevos paradigmas	28
4. La novedad de los procedimientos	66
2. Una Iglesia nueva para la nueva evangelización	79
1. Una nueva imagen de Iglesia necesaria	80
2. El nuevo modo de ser Iglesia que se perfila	84
3. Los cristianos laicos, protagonistas de la nueva evangelización ...	123
1. Una nueva situación eclesial	123
2. El cristiano laico, una vocación específica	125
3. El perfil del laico nuevo evangelizador	145
4. Algunos ámbitos especiales de actuación	162
5. Ministerialidad eclesial de los laicos. Contribución especial en la edificación de la comunidad eclesial	170
4. Los cristianos «religiosos», evangelizadores nuevos	181
1. El paradigma teológico: de la razón instrumental a la razón simbólica	182
2. Rasgos existenciales	209
3. Algunas «epifanías» del amor de Dios peculiares de la vida religiosa	232
5. Los cristianos presbíteros, evangelizadores nuevos	243
1. El nuevo paradigma teológico	245
2. El modelo existencial	258
3. El modelo de la actuación: de sacerdote a pastor	289
<i>Índice general</i>	307

INTRODUCCIÓN

1. *En los albores del tercer milenio*

Con profunda alegría e íntima satisfacción hemos estado celebrando los cristianos, y en cierta manera también los no cristianos, en esta «aldea global», el comienzo del tercer milenio del nacimiento de Jesús de Nazaret, el Cristo de nuestra fe, el Alfa y la Omega de la historia de la humanidad y del cosmos.

En esta celebración la Iglesia ha apostado, sin dejarse embaucar por tendencias apocalípticas o catastrofistas, por el futuro, por tender la vista vigilante al horizonte por donde «aparecerá de nuevo la aurora». Ni desesperación ante la hora presente, ni lamentos por el pasado, aunque haya mucho de que arrepentirse. Y menos aún cansancio, como podía suponerse de un grupo humano dos veces milenario, el único grupo humano que ha sido capaz de permanecer esencialmente idéntico a sí mismo, y con capacidad permanente de renovarse y renacer, a pesar de todos los avatares, a pesar de las enormes y extraordinarias fuerzas sociales, económicas, culturales y políticas que han intentado su eliminación, a pesar de las energías de disgregación y destrucción existentes y actuantes en su propio seno.

El proceso de esta celebración se inició hace ya cuarenta años con el Concilio Vaticano II (cf. TMA 18.20). Lo hizo revisando sus «antigüedades», sus «vejeces», aquello que la obligaba a ir arrastrando los pies dificultando su caminar. Revisó y actualizó creencias. Pulió lenguajes. Evaluó prácticas. Reformó leyes y costumbres. Empezó caminos nuevos en su vida y en su acción. Optó por la novedad, el rejuvenecimiento, el futuro.

Este coraje hizo entrar en crisis a la propia Iglesia. Cayeron ídolos, se derrumbaron muros, estructuras intocables se tambalearon. «Aggiornarse», como entonces se decía con el término esperanzador lanzado por aquel profeta nuevo de venturas y futuro llamado Juan XXIII, costó sangre, sudor, lágrimas.

La crisis afectó profundamente a todos los cristianos. En primer lugar a los dirigentes de las comunidades cristianas, al clero —término en el que se incluían a los obispos y presbíteros pero también a los religiosos y religiosas—, instalado demasiado abundante y frecuentemente en el poder y en la rutina. Durante diez largos y penosos años se preguntaron sobre su identidad, su estatuto social, su lugar en el mundo y en la sociedad, su tipo de vida. El Sínodo de 1971 sobre el celibato de los presbíteros puede considerarse el signo culminante y a la vez su punto de inflexión, al apuntar una nueva inquietud, la justicia en el mundo.

En la segunda década la preocupación comienza a centrarse en la misión, en el hacer de la Iglesia, en concreto en la evangelización del mundo (Sínodo 1974; *Evangelii nuntiandi*; Puebla 1979) y en la enseñanza del mensaje cristiano, la catequesis (Sínodo 1977; *Catechesi tradendae*).

En la década siguiente se lanza el proyecto de la «nueva evangelización» (Haití 1983), provocado por la proximidad de la celebración del V Centenario de la llegada del Evangelio al continente americano. Se detectan problemas, se analizan situaciones que la hacen urgente, se proponen objetivos. Se sugieren métodos. Se promueven ardores, entusiasmos.

La cuña que pareció significar el programa de los años de preparación del Jubileo del año 2000, lanzado en 1995 con la *Tertio millennio adveniente*, no ha sido en realidad una preocupación nueva, sino la profundización en uno de los aspectos fundamentales de la nueva evangelización, la nueva imagen del Dios personal, Padre de nuestro Señor Jesucristo, de su «economía» iniciada con la encarnación del Hijo por obra del Espíritu y el nacimiento del Hijo del hombre.

2. Preocupados por los «nuevos evangelizadores»

Así, pues, la preocupación e inquietud en los inicios de los '90 comenzó a centrarse en los nuevos evangelizadores. De nada serviría, en efecto, todo el proyecto de nueva evangelización si no había personas, cristianos, agentes de la novedad de esa evangelización. Por ello la reflexión se centró en la vocación y misión de los laicos, en primer lugar (Sínodo 1987; *Christifideles laici*). A continuación,

en la de los presbíteros y su formación (Sínodo 1990; *Pastores dabo vobis*) y, finalmente, en la de los religiosos (Sínodo 1993; *Vita consecrata*).

Esta sigue siendo la inquietud actual. El nuevo milenio o nos trae cristianos nuevos, evangelizadores nuevos, o será «viejo» desde el comienzo, sin luz y sin sal, sin sabor cristiano y sin horizonte salvífico. Las otras luces y sales, como se ha hecho bien patente en el final del milenio segundo, serán fuegos que abrasan y desertizan cuanto terreno humano abonan.

En este proceso, y con este objetivo, se sitúa esta reflexión sobre las «nuevas vocaciones» en el contexto y comienzos del nuevo milenio. Concebido e iniciado como un trabajo breve, centrado en el nuevo evangelizador presbítero, orientado a dar luz y abrir caminos a los formadores de los presbíteros diocesanos, el horizonte y objetivo fue corrigiéndose sucesivamente y ampliándose sobremanera.

No era posible describir el nuevo evangelizador presbítero sin tener en cuenta las otras vocaciones que configuran el cuerpo de la Iglesia, los laicos y la vida religiosa. Tampoco lo era conocer y comprender las características de esas vocaciones si no se entendía la «novedad» de la evangelización a la que se quería responder. No bastaba entender la «novedad» en los «métodos, ardor y expresiones», como se comenzó a repetir tópicamente, siguiendo la expresión de Juan Pablo II al lanzar el proyecto de nueva evangelización en Haití en 1983. Se trataba de algo mucho más profundo y amplio: un cambio del paradigma teológico desde el que se comprende y en el que se expresa el mensaje cristiano. Así nació un extenso primer capítulo sobre la novedad de la evangelización, novedad centrada precisamente en los contenidos.

Por otra parte no podría haber «evangelizadores nuevos» si no eran fruto y a la vez constructores de una Iglesia nueva, con unas características también bastante lejos de las que definían y definen aún en parte a la Iglesia, esa Iglesia que aún no ha conseguido desprenderse de tanto lastre como se le ha pegado en la historia, que aún no ha hecho vida todas las luces encendidas por su propio Concilio, y que, por lo mismo, aún da muestras de vejez. Los rasgos del perfil de esta «Iglesia nueva» se describen en el segundo capítulo.

3. *En busca de «vocaciones nuevas»*

Pero la Iglesia no es una entelequia ni una realidad abstracta. No es un conglomerado informe ni una masa anónima ni anárquica. Es un grupo de hombres y mujeres constituidos como un cuerpo, como un organismo vivo dotado de múltiples miembros con sus respectivas funciones.

La Iglesia del milenio que termina ha sido, y continúa siendo en demasiada medida aún, la «Iglesia de los clérigos». Sin embargo, todo el proceso del siglo XX, especialmente a partir y por influencia del Concilio, ha sido un empeño por recuperar la conciencia de la Iglesia como «cuerpo», como «pueblo». Lo que predomina en esta visión es la comunión, el reconocimiento y la valoración de los diferentes órganos con sus funciones, de la complementariedad y servicio específico de cada uno a la causa única y común, a la misma misión, frente a la Iglesia como «sociedad», en la que la perspectiva que domina es la de la organización, la del poder y la del hacer, la de la actividad, en perfecta línea esta última con lo más profundo de la modernidad, que es la productividad, la eficiencia.

La perspectiva de la común condición y de la única y común misión en la Iglesia como misterio, comunión y misión, obligaba a plantear el tema de la peculiaridad y del perfil de cada uno de los tres grandes órganos o vocaciones en los que tradicionalmente se ha concretado el funcionamiento y la condición existencial del organismo eclesial: el secular o laicos, el regular o religiosos (vida consagrada especialmente en sus formas monásticas y vida religiosa apostólica), el ministerio ordenado, y más en concreto el presbiterado. La reflexión sobre estos tres órganos del cuerpo eclesial, sobre el ser, el vivir y el hacer de presbíteros, religiosos y laicos, ha conocido después del concilio una amplitud, hondura e intensidad extraordinarias.

Los presbíteros y religiosos han sido objeto a lo largo de estos cuarenta años postconciliares de un auténtico «despojo». Han caído vestidos, títulos, honores, privilegios. Pero lo que en un principio parecía un expolio rayano en la destrucción, se ha revelado de hecho en un descubrimiento de su intimidad más honda, de su ser más significativo, de su auténtica identidad. Una realidad rica, compleja, generadora de nueva vida, de nuevas y mejores energías.

En los laicos el proceso ha sido inverso. Su imagen casi exclusivamente negativa, desnuda, inconsistente, se ha ido revistiendo de un vestido propio, lleno de flecos y hermosura. Su función y presencia han ido apareciendo cada vez más importantes, más llenas de significado precisamente en un contexto histórico y cultural como el presente, con sus componentes de laicidad, de estima y compromiso con el mundo y la historia, de aprecio y valoración de la ciudad terrena.

Con el expolio por un lado y el revestimiento por otro se ha diseñado un panorama y un perfil de «nuevas vocaciones». Nuevas, no sólo en un sentido cronológico, como significa aplicado al milenio que comienza, lo que sugeriría una simple renovación o reemplazo de las personas ya cansadas o viejas por efectivos jóvenes, que aportaran nuevos «ardores y entusiasmos», nuevos métodos y técnicas, nuevos lenguajes o expresiones. «Nuevas» indica un salto de calidad. Nuevas porque se comprenden de manera diferente. Nuevas por su acento existencial, por su vivir. Nuevas por su estar de otra manera en la Iglesia y en el mundo. Nuevas por sus dedicaciones y por sus modos de hacer. Nuevas en todo aquello que constituye su «figura», su aparición y manifestación primera y visible ante la mirada de cualquier observador.

4. *Las raíces de la «novedad»*

La amplísima y casi siempre profunda reflexión existente sobre las diferentes vocaciones, especialmente sobre la vida religiosa apostólica y el ministerio presbiteral, me llevó a intentar descubrir y describir la esencia y raíz de la novedad de cada una de ellas, lo que se concretó en los tres últimos densos y extensos capítulos, que constituyen como una segunda parte de esta obra.

La novedad no podía venir de la consideración o reivindicación de los «poderes» dentro de la Iglesia y menos aún de su proyección, peso o influencia en la organización de la ciudad terrena. Tampoco, como a veces se pretendió, de la indiferenciación, equiparación o nivelación de todas ellas, pues aunque todos sean de igual dignidad en la Iglesia, en el organismo las distinciones son obligadas desde las diversas funciones. «Si todo se redujera a un miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?» (1 Cor 12, 19).

Tampoco podía consistir la novedad en la atribución de actividades específicas diferentes, pues todos los cristianos son profetas, responsables de la palabra (*martiría*); reyes, responsables de la libertad (realiza-*diakonía*); sacerdotes, responsables de las relaciones con Dios y entre ellos (*koinonía*) y de su expresión en la celebración (*leiturgia*).

Ni siquiera los estados o formas de vida, en que se había puesto tanto el acento anteriormente, parecían dar razón de la diferencia y de la novedad, por cuanto el radicalismo del seguimiento de Jesús es característica común y común es la vocación a la santidad y a la perfección (cf. LG, cap. V), y es bien conocido que una misma vocación puede realizarse en diferentes estados de vida, como acontece con el presbiterado en la forma de vida celibataria (Iglesia latina-occidental) y matrimonial (Iglesia oriental), o en la vocación laical, que puede vivirse en el matrimonio, en la soltería o viudez, incluso en la forma consagrada (institutos seculares).

La esencia de la novedad no había que ponerla tampoco, como se intentó en las décadas de crisis a las que nos referimos, en la adquisición de un nuevo estatuto social o en la simple reforma de las estructuras o en el ámbito de las presencias o inserción, como gustaban decir los religiosos.

La novedad o afectaba a la comprensión del ser de cada una de ellas, de su «funcionalidad» y ubicación en el seno de la Iglesia, o no pasaría de reforma o renovación, que, por importantes que hayan sido y a pesar de la enorme generosidad y esfuerzo de la mayor parte de esas vocaciones, especialmente en la vida sacerdotal y religiosa, no han logrado la transformación que se anhelaba ni preparado los evangelizadores nuevos que se precisan. La raíz y el camino de la novedad había que buscarlos en el cambio de modelo o paradigma de comprensión en todas y cada una de ellas y en las consecuencias existenciales de él derivadas.

Si el cambio de paradigma se mostró fundamental en la comprensión de la novedad de la evangelización y de la Iglesia se manifestaba también aquí como el único camino adecuado para comprender y definir las diferentes vocaciones. Lo que a la vez avalaba lo acertado del camino emprendido y la conexión y coherencia profunda con los resultados de los dos primeros capítulos.

5. *Un intento de síntesis de un proceso todavía en marcha*

El momento se prestaba para hacer balance y para intentar una síntesis de lo descubierto, de lo mucho y valioso que se ha ido perfilando a lo largo de este final del siglo y del milenio. No ha sido mi intención ofrecer una fundamentación teológica de cada una de estas vocaciones. Ni una exposición de lo que comúnmente se expresa como espiritualidad propia de cada una de ellas, por otra parte tan abundante y en tantas ocasiones tan descentrada al reducirla a los aspectos «religiosos» o piadosos. Tampoco he pretendido presentar una imagen completa, perfecta, acabada, de cada una de las vocaciones, sino solo aquellos rasgos o aspectos que me parece que son o deben ser considerados como fundamentales o «nucleares». Ni se me ocurre pensar que lo que expongo sea «la» imagen esencial, válida para toda la historia y para todas las culturas y geografías, aunque, por centrarse en eso nuclear, sí creo que se trata de un perfil abierto a lo universal y, por lo mismo, fácilmente adaptable a varios contextos eclesiales y culturas.

Intento presentar el perfil, es decir, como define el diccionario, el aspecto particular o llamativo con que una cosa se presenta ante la vista o la mente. O, para decirlo con los términos que nos ha enseñado la sociología, «el conjunto de actitudes y comportamientos que delinean un cierto tipo de hombre en el que la gente puede reconocer» a cada una de las vocaciones y con el que cada una de ellas puede identificarse en clave existencial.

En cierta medida se trata de un ejercicio de imaginar o soñar a partir de lo ya existente y vislumbrado en la mejor reflexión teológico-espiritual y, sobre todo, en la vida y acción de los mejores, lo que puede y debe ser un modelo «nuevo» de ser, de existencia y de actuación, de cada una de las tres vocaciones. Un modelo, si se me permite la expresión, «advental», que presagia y de alguna manera anticipa el futuro, que nos ofrece ya, como la primavera, «en esperanza el fruto cierto», que diría nuestro fray Luis de León.

Un modelo o tipo coherente con su función evangelizadora, con los rasgos de identificación que debe ofrecer cada una de ellas, para en primer lugar, responder a su ser propio; en segundo lugar, ser creíbles en nuestro contexto socio-cultural y eclesial, y en tercer lugar, un modelo o ejemplar que se pueda proponer como «modelo de identificación», que pueda ser convocador de nuevas vocaciones.

Soy consciente de que este diseño, aunque sea fundamentalmente válido, nunca podrá ser considerado como definitivo. El proceso de definición de la «novedad» aún no ha terminado. La reflexión y la vida siguen aportando luces y orientaciones.

Este «modelo», como cualquier otro, sé que está condicionado por mi «existencial ministerial» e ideológico, fraguado en la cultura concreta de lo que conocemos como primer mundo, aunque atento, informado y amante de las realizaciones y diseños que se experimentan y configuran en el mundo, Iglesia y cultura de América.

Puedo decir —y sirva ello de homenaje y agradecimiento a cuantos directa e indirectamente han contribuido a este trabajo— que para ello he gozado de una situación privilegiada. Por una parte, la visión española-europea he podido realizarla desde el Instituto Vocacional Maestro Ávila, el centro creado por la Hermandad de Sacerdotes Operarios a raíz del Concilio para el estudio de la problemática de la promoción y formación de las vocaciones, en el que durante los más de 20 años en los que he animado su organización y actividad, he podido disfrutar de la confluencia de los mejores estudios y experiencias venidas de buena parte de la geografía eclesial europea y americana, aportados por los miles de participantes en los cursos de pastoral vocacional, de teología de las vocaciones y ministerios, de acompañamiento, discernimiento y formación de las vocaciones, alumnos que por su sensibilidad y trabajo pastoral se cuentan entre las energías eclesiales más sensibles e intuitivas en lo referente a las vocaciones, y que me han aportado sus luces, perspectivas, intuiciones, sueños, ideales.

Por otra, la aportación de los Institutos de Pastoral Vocacional de la misma Hermandad de Sacerdotes Operarios de Argentina, Brasil, Venezuela, México y Estados Unidos, así como mis propios encuentros y cursos en esos mismos centros, ha hecho posible el conocimiento directo de las inquietudes, sueños y perspectivas en las iglesias americanas del norte y del sur de aquel continente, por lo que me atrevo a confesar que los perfiles que aquí se ofrecen recogen los rasgos en los que, sin duda, se reconocerán las diferentes vocaciones en la mayor parte de los contextos occidentales.

6. De la razón instrumental a la razón simbólica

La novedad radical ha sido el paso de la razón instrumental a la razón simbólica, del hacer, del actuar, al ser, al significar.

La novedad viene dada, en primer lugar, por comprender que las vocaciones se diferencian, distinguen y especifican por ser «modalidades» de la única y común vocación cristiana, como tan hermosa y claramente formula la Exhortación *Christifideles laici*, y a partir de ella se ha incorporado habitualmente en las exhortaciones posteriores (cf. CL 14; VC 16). El sustantivo es el *christifideles*, el «fiel cristiano». La vocación específica es un adjetivo: *secularis* o *laicus*, *regularis*, *religiosus/a* o *consecratus*, *ordinatus* en el ministerio episcopal, presbiteral o diaconal. Son «modos» calificativos, especificativos sí, pero no sustanciales, de vivir y realizar esa sustancia que es «ser cristiano».

Viene comprendida, en segundo lugar, por el reconocimiento de la esencial dimensión «funcional» de las vocaciones. Es lo que ya expresara san Agustín con frase que se va haciendo tópica: «Con vosotros soy cristiano, para vosotros, obispo» (cf. PDV 20). Funcionalidad que no se entiende en el sentido sociológico de la actividad o trabajo desempeñado, sino en el sentido antropológico, incluso biológico, de las «funciones» diferentes dentro de un mismo organismo vivo. Prestar un servicio específico no en el reparto de actividades, campos o tareas, sino en el del funcionamiento del cuerpo global que es la Iglesia en su conjunto, para que pueda vivir, mantener su equilibrio vital, desarrollar su misión. Una función propia, peculiar, complementaria de las otras, que no puede ser sustituida por ninguna de ellas.

La novedad está siendo comprendida, finalmente, como un paso de la conocida como «razón instrumental» a la denominada «razón simbólica». La razón instrumental definía las vocaciones y, por consiguiente, las vivía, por sus «poderes» y especialmente por sus «munera», por sus haceres, actividades, trabajos, ocupaciones o tareas. Muy en la línea de la cultura actual, fruto del capitalismo liberal, que se mueve en la perspectiva de la eficiencia, del trabajo, de la producción. El que en la intención y en el origen se tratase aquí de una «producción apostólica» no quita nada a esa «razón instrumental», que considera a la persona como «trabajador», como

productor, y al «cuerpo» eclesial, iglesia particular o congregación religiosa, en alguna medida, como una «empresa».

La razón simbólica, en cambio, se sitúa en el ámbito de la significación, de la evocación, de la referencia, de la sugerencia del misterio divino al que todas ellas se remiten y del que quieren ser testigos y promotores. Esta razón simbólica, significativa, se revela como la concreción, en el campo de las diferentes vocaciones eclesiales, del carácter esencialmente simbólico de la Iglesia, como «pueblo de Dios», «templo del Espíritu», «cuerpo de Cristo» o, como lo define la Constitución dogmática *Lumen gentium* del Vaticano II, como «sacramento».

La coherencia con esta condición de la Iglesia avala la comprensión simbólica de las vocaciones y remite, por lo mismo, a su función primaria, que es a la vez su misión evangelizadora fundamental, de representar, manifestar y visibilizar algunos aspectos peculiares del misterio de Dios, de Cristo, de la Iglesia y del mismo misterio del hombre, con lo que a la vez realiza su específico servicio salvífico a los hombres y al mundo.

Por otra parte, con este acento primordial en la «sacramentalidad» o significatividad de las vocaciones, se resalta la importancia y trascendencia de la «figura», es decir, de esos rasgos visibles con que la realidad de cada vocación se ofrece al observador en los que se transparenta la esencia, el alma, lo propio, lo específico, la identidad. Dicha figura es, de alguna manera, la «materia» del sacramento. En ella, en los rasgos existenciales que la configuran, se revelan y visibilizan aquellos aspectos del misterio que cada vocación está destinada a transmitir, su *res sacramenti*, su «gracia» evangelizadora y salvífica. El modo de aparecer y presentarse en su vivir y en su actuar es lo que constituye el signo, el significante adecuado y único válido para la nueva evangelización. De esta forma se advierte la íntima coherencia entre el ser y los rasgos que lo hacen manifiesto, y la extraordinaria exigencia que esto comporta al nivel existencial, pues, de lo contrario, por muy comprometidas, brillantes o gloriosas que fueran sus acciones o sus obras, harían baldía la verdad del Evangelio que pretenden anunciar (cf. Gál 5, 2), serían ellos los primeros en poner obstáculos esenciales al Evangelio (1 Cor 9, 12), «para el que han sido segregados y llamados» en cuanto cristiano-apóstoles y como los apóstoles (cf. Rom 1, 1).

7. *Paradigmas, perfil existencial y tipos de actuación*

Desde estos presupuestos, en esta síntesis se ofrece, en primer lugar, el nuevo paradigma o modelo referencial teológico de cada una de las vocaciones. En él se presenta la identidad de esa vocación, una identidad que viene dada, según lo dicho, no por el hacer, ni siquiera por la forma de vida, sino, desde su carácter de signo-sacramento o «sacramental», por la significación peculiar, propia, aunque no exclusiva, que ella ofrece del misterio de la Trinidad, del misterio del Hijo encarnado, del misterio de la Iglesia y del misterio del hombre. Si la teología de las vocaciones no se sitúa en la especificidad de cada una de ellas en estos cuatro ámbitos, nos seguiremos moviendo en teologías parciales, inadecuadas, anticuadas, viejas.

De ese paradigma se derivan los rasgos existenciales que nos dan la figura nueva. En ellos se presentan los aspectos fundamentales de una espiritualidad propia de cada vocación, derivada de la propia misión o esencial vocacional. Y sólo en un tercer momento se ofrecen los campos, tipos y, en ocasiones, estilos de actuación.

8. *Laicos, religiosos, presbíteros*

Había que comenzar la exposición por los laicos (capítulo 3). En el ámbito de la evangelización, en efecto, son los laicos los primeros protagonistas, como afirmó solemnemente la Conferencia episcopal latinoamericana en Santo Domingo. No sólo por ser las vocaciones específicas más numerosas, sino por su propio lugar teológico-ecclesial. Ellos son, en efecto, como reza un Documento especialmente significativo y valioso de la Conferencia episcopal española, «la Iglesia en el mundo».

Un mundo que ha de ser referido permanentemente, también por los laicos, a la realidad escatológica, a la «ciudad celeste», de cuya entraña es signo manifestativo la vida religiosa. Su figura debía, pues, ir al lado de los laicos y ocupar, por lo mismo, el segundo lugar (capítulo 4).

Finalmente, había que describir la figura de aquellos que tienen la encomienda de ser punto de referencia y señal de comunión de todas las vocaciones. Y esta es la función fundamental del ministerio de los presbíteros. El hecho de ser este ministerio elemento consti-

tutivo de la estructura de la Iglesia no los coloca en el primer lugar, sino en ese centro de comunión que es el último, como «siervos de los siervos de Dios» (capítulo 5).

Los que ya han tenido ocasión de acercarse a estos perfiles en el anticipo que ha supuesto su publicación en la revista *Seminarios* (cf. nn. 148-152) nos han hecho llegar su satisfacción. Ellos son también quienes nos han estimulado a procurar una edición unitaria de todos aquellos capítulos que les permita tener la visión de conjunto y facilite su conocimiento a cuantos –laicos, religiosos/as y presbíteros– no les resulte fácil el acceso a la revista. Aquí les ofrezco sustancialmente el mismo contenido, eliminados muchos errores que allí se deslizaron, mejorada la redacción en numerosos lugares y, en bastantes ocasiones, con una organización y redacción totalmente nueva que hace el conjunto más lógico y coherente.

Quiera Dios que al leer estas páginas, densas sin duda, sientan la satisfacción de ser los evangelizadores nuevos y, a la vez, promotores y formadores de esas «nuevas vocaciones» para este próximo milenio, y que puedan así llenarlo de la savia evangélica siempre sabrosamente nueva, que es Cristo, ayer, hoy y siempre.

Salamanca, 1 de enero del año 2001 del nacimiento de Cristo.

ÍNDICE GENERAL

<i>Contenido</i>	7
<i>Introducción</i>	9
<i>Siglas</i>	21
1. La novedad de la evangelización en el contexto socio-cultural actual	23
1. Un proyecto en marcha entre ambigüedades y resistencias ..	23
2. En busca de la «novedad» de la evangelización	26
3. La novedad de los contenidos: los nuevos paradigmas	28
a) Evangelización integral: el ancho campo del Evangelio ..	29
1. Una actividad de múltiples dimensiones	29
2. La novedad de una evangelización integral	33
b) La nueva imagen de Dios	35
1. Un nuevo rostro del Padre	35
2. El rostro del hombre que se muestra y esclarece en el rostro de Jesús muerto y resucitado	39
3. La «buena noticia» del Espíritu que llena la tierra e inspira y hace germinar la historia	41
c) La buena noticia de una nueva convivencia: la cultura de la solidaridad o la civilización del amor	45
d) El Evangelio de la bienaventuranza, de la bendición y de la fiesta	54
1. El Evangelio de la bienaventuranza	55
2. El Evangelio de la bendición	58
3. El Evangelio de la fiesta	62
4. La novedad de los procedimientos	66
a) Promover «experiencias fundantes»	67
b) Praxis humanizadoras antes que discursos	70
c) Desde la demostración de la energía del Espíritu	71
d) La acogida, la cercanía y el encuentro personal	73
e) El lenguaje narrativo: del discurso a la narración	75

2. Una Iglesia nueva para la nueva evangelización	79
1. Una nueva imagen de Iglesia necesaria	80
2. El nuevo modo de ser Iglesia que se perfila	84
a) La categoría fundante y englobante: la Iglesia-sacramento ..	84
b) Los rasgos visibilizadores de la salvación	87
1. Un «pueblo de y para Dios»	87
2. La Iglesia, una comunión -fraternidad	93
3. Una Iglesia pobre, de los pobres y solidaria	98
4. Una Iglesia diaconal-ministerial, sierva y servidora ..	103
5. Una Iglesia dialogal y tolerante	105
6. Una Iglesia apostólica-misionera	109
7. Una Iglesia profética	112
8. Una Iglesia marginal y martirial	114
3. Los cristianos laicos, protagonistas de la nueva evangelización ..	123
1. Una nueva situación eclesial	123
a) De colaboradores a protagonistas de la nueva evangeli- zación	123
b) Del interior de la iglesia al corazón del mundo	124
2. El cristiano laico, una vocación específica	125
a) La índole secular, carácter específico de la vocación del laico	126
b) La funcionalidad o significación específica de la vocación laical	128
1. Signos del misterio del Dios creador y providente ...	128
2. Asumen y ponen de relieve de manera peculiar y espe- cífica a Cristo en su misterio de Hijo del hombre .	131
3. Evidencian la secularidad de la Iglesia	133
4. Anticipan la escatología edificando una ciudad terrena «digna de los hombres, hijos de Dios»	136
c) Una variedad y riqueza admirable de vocaciones	138
1. La vocación de la mujer	139
2. La vocación del matrimonio y de la familia	141
3. La condición laical «consagrada»: los institutos seculares	142
3. El perfil del laico nuevo evangelizador	145
a) Seducidos por el «Hijo del hombre»: la condición secular como opción vocacional	145
b) Vivir la profesión laboral como su específica vocación ..	147

c)	La caridad «secular» o sociopolítica	150
d)	Orgullosos de ser la Iglesia	153
e)	Exorcizadores del poder-dominio y de la mentira	156
f)	Vigías de la historia	157
g)	Paladines del deleite y de la fiesta	159
4.	Algunos ámbitos especiales de actuación	162
a)	El cuidado y cultivo de la familia	163
b)	Humanizar la historia y, en especial, la vida económica, laboral y política	165
c)	Estimular y empeñarse en la creación de una cultura de la reconciliación y de la paz	168
5.	Ministerialidad eclesial de los laicos. Contribución especial en la edificación de la comunidad eclesial	170
a)	Algunos ministerios «seculares»	172
1.	Un «ministerio» para la creación y orientación cristiana de la opinión pública	172
2.	Ministerios para la «liberación» del malestar interior .	173
3.	El ministerio de la visita a los enfermos	174
4.	La «tutoría espiritual» en el campo educativo	176
b)	La secularidad de los ministerios litúrgicos	178
4.	Los cristianos «religiosos», evangelizadores nuevos	181
1.	El paradigma teológico: de la razón instrumental a la razón simbólica	182
a)	Una figura histórica vieja y caduca	182
b)	Un nuevo paradigma que se vislumbra: la razón simbólica .	186
c)	Evocaciones-significados de la parábola-icóno	190
1.	Evocación de la primacía y del señorío absoluto de Dios	190
2.	«Icóno de Cristo transfigurado» (VC 14)	194
3.	Parábola de una humanidad nueva	196
4.	Microcosmos de la comunión	202
5.	Parábola de la transformación del mundo por la cultura de las bienaventuranzas	206
2.	Rasgos existenciales	209
a)	De la agitación de lo apostólico al sosiego de la contemplación	210
b)	De la clausura y exención a la inserción eclesial y social .	213
c)	Del centro a la periferia: la inserción y la opción por los pobres, marginados y excluidos	219

d)	De la «seguridad» de una vida reglada al estado permanente de «discernimiento»: habitar en la voluntad del Padre	223
e)	De la cohabitación a la calidad y la calidez de las relaciones interpersonales	226
3.	Algunas «epifanías» del amor de Dios peculiares de la vida religiosa	232
a)	Criterios de opción de presencias y actuaciones	232
b)	Algunos servicios o areópagos específicos	237
1.	Maestros y escuelas de oración	237
2.	Experiencias y escuelas de diálogo	239
c)	El reto de la «feminidad»	240
d)	El servicio en la «ecología del espíritu»	241
5.	Los cristianos presbíteros, evangelizadores nuevos	243
1.	El nuevo paradigma teológico	245
a)	La urgencia de la «novedad»	245
b)	El núcleo identificador: la representación sacramental de Jesucristo, cabeza y pastor de la Iglesia	247
1.	El presbítero, «sacramento de Cristo cabeza y pastor» de la Iglesia	247
2.	La recuperación de un símbolo como núcleo identificador del ministerio presbiteral	248
c)	Contenido significativo y salvífico del símbolo del pastor	250
d)	El sacramento personal: la persona como don	253
e)	El pastor, sacramento del Siervo	255
f)	El pastor, un sacramento «colegial» y «relacional»	257
2.	El modelo existencial	258
a)	De «celoso guardián» del rebaño a un «corazón compasivo»: la caridad pastoral	259
b)	De «reyes-dominadores» a «siervos» desvalidos de la grey	264
c)	De «maestro-doctor» a la sabiduría de un corazón que escucha	270
d)	De «residente» a «itinerante»: la «misionariedad»	273
e)	Con ánimo generoso (1 Pe 5, 3): pobreza y magnanimidad	277
f)	Del aislamiento a las formas comunitarias de acción y de vida	283

3. El modelo de la actuación: de sacerdote a pastor	289
a) De «gestor de la comunidad» a presidente de la comunión y ministro de la inquietud y de la cohesión	291
b) De «predicadores-portavoces de Dios» a «testigos narra- dores de la memoria de Jesús»	294
c) De la atención al rebaño al cuidado individual de las per- sonas	298
d) De «oficiantes» de servicios religiosos a «presidentes de la fiesta de la vida y de la bendición»	302